

La España mediterránea en tiempos de Feijoo

por JUAN REGLA CAMPISTOL

Catedrático de la Universidad de Valencia

Jaime Caresmar: Un feijoniano en Cataluña

Muy recientemente se va abriendo paso la tendencia encaminada a valorar los precedentes hispánicos, autóctonos, en los orígenes de nuestra Ilustración. En otros términos: se impone la idea de que es preciso valorar debidamente la importancia de las fuentes españolas en la obra global del P. Feijoo. En un planteamiento maniqueo de la Guerra de Sucesión, todo estaba claro: la profunda decadencia —incluso el «bache» cultural— de la España de Carlos II y su casi milagrosa resurrección por obra y gracia de Felipe V y de la influencia francesa, que suscitaría el despliegue del reformismo del setecientos. En nuestros días, un hispanista tan caracterizado como Jean Sarrailh lo ha expresado ingenuamente: en la contienda sucesoria, los partidarios del archiduque Carlos de Austria son los defensores del barroquismo agonizante, caduco y castizo, mientras que los amigos de Felipe V —y de Francia—, los reformadores y europeístas.

Es incuestionable que la necesidad de valorar debidamente la importancia de las fuentes españolas en la obra del P. Feijoo implica un nuevo planteamiento de la problemática general del siglo xvii. Recordemos que, entre 1670 y 1690, los países occidentales experimentan un gran cambio: la «crisis de la conciencia europea», según P. Hazard, o bien la «afirmación de Europa», según otros puntos de vista. El cambio aludido viene definido por la crisis de la hegemonía continental de Luis XIV —coincidente con las fases más agudas de la depresión económica del seiscientos— y la afirmación de las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, paralela a los comienzos de la recuperación y a la afluencia del oro brasileño en la economía occidental. Al mismo tiempo, también hace crisis el racionalismo continental, el apriorismo cartesiano, paralelo al absolutismo de Luis XIV, para ceder el paso al empirismo inglés, con sus juicios *a posteriori*: partir de los fenómenos para llegar a los principios y a las leyes generales. Así, lo que para Newton es la ley de la gravitación universal, para Locke es el *original compact*.

Por lo tanto, en el último cuarto del siglo xvii, el Occidente europeo protagoniza un gran cambio, definido por la *recuperación económica*, la justificación del *parlamentarismo* (revolución inglesa de 1688), el *empirismo* y la *libertad intelectual*, y el *equilibrio europeo*. Son los aspectos que en los planos económico, político, cultural y de relaciones entre los Estados, presiden los orígenes de la Ilustración.

En España, la depresión del siglo xvii tuvo características peculiares y, además, diferencias regionales muy acusadas. En efecto, en la periferia peninsular, la crisis económica sigue la trayectoria general del Occidente europeo: contracción, a veces muy acusada en los negocios, hasta 1680, fecha en que dio comienzo un indiscutible proceso de recuperación —ya hemos insinuado que en 1680 la reaparición del oro en el mercado, gracias a los descubrimientos realizados en el Brasil, había señalado un proceso de estabilización, sobre el que se apoyaría el tránsito de la contracción del siglo xvii a la expansión del siglo xviii—. En todo caso, la recuperación de la periferia peninsular a partir de 1680 parece más intensa comparada con el simultáneo hundimiento de la economía castellana por la catástrofe monetaria del mismo año de 1680. El contraste aparece clarísimo en las adjetivaciones de Carlos II, el símbolo de la decadencia española para la historiografía castellana —este monarca preside la etapa más aguda de la depresión, con el gran período inflacionista— y «*el millor rey que ha tingut Espanya*», según Narciso Feliu de la Peña, el hombre clave de la recuperación de Cataluña en el último cuarto del siglo xvii.

Dentro de la recuperación de la periferia peninsular a partir de 1680, Portugal experimentó, de un modo especial, la influencia del oro brasileño. En la Andalucía marítima (Cádiz, Jerez), se afianzó la viticultura, y en Cantabria y las Vascongadas, la siderurgia y las actividades marine-ras. En Valencia, un relativo mejoramiento en sus condiciones de vida, dentro de las fuertes exacciones señoriales, contribuye a explicar el levantamiento de los campesinos del Sur, que habían repoblado las tierras yermas por la expulsión de los moriscos. Esta rebelión incidiría sobre la problemática de la guerra de Sucesión, que tendría en Valencia un marcado carácter de contienda social (los campesinos nutren las filas austracistas, mientras que la nobleza propietaria es adicta a Felipe V). En el reino de Aragón, un grupo inquieto y reformista, presidido por Juan Pablo Dormer, trabaja incansablemente para reactivar la industria y el comercio, así como para acabar con los peajes interiores. Una Junta de Comercio, constituida en 1684, logró que las Cortes del reino suprimieran los peajes, indemnizándose al monarca por la renuncia a esta regalía. Al mismo tiempo se redujeron los derechos que percibía la Generalidad por la entrada y salida de mercancías.

A mayor abundamiento, la autonomía monetaria de los territorios de la Corona de Aragón salvó a éstos de la contradanza de inflaciones y deflaciones. Para Cataluña, el régimen librecambista del tratado de los Pirineos de 1659, significó, de momento, la ruina de la industria textil, víctima de la competencia francesa, aunque muy pronto se reaccionó, renovando el utillaje y aumentando la producción. En 1680, en el momento en que adquiere gravísimos caracteres el hundimiento de Castilla, se observa el resurgir económico del Principado: una generación de catalanes, presidida por Narciso Feliu de la Penya, insiste en la necesidad del trabajo y del comercio, incluso con América. De los datos recopilados por R. Smith en su libro *The Spanish Guild Merchant. A History of the Consulado, 1250-1700*, referentes a las cantidades recaudadas por la escribanía de Sevilla y por el derecho de «periatge» en el puerto de Barcelona, se deducen claramente las pérdidas de la primera y el incremento del segundo. En efecto, durante el período 1680-1700, Sevilla ve reducidos sus ingresos casi a la mitad —de 744 a 344 millares de maravedís—, mientras Barcelona casi duplica la cifra —de 5,800 a 10,000 libras—.

La recuperación de la periferia peninsular tuvo una vertiente encaminada hacia un ideal de momento utópico (se convertiría en realidad por las mismas causas durante el reinado de Carlos III): la integración económica de los reinos hispánicos. Por otra parte, sus beneficiosos efectos acabarían manifestándose también en Castilla, donde la deflación

drástica de 1680 y los subsiguientes ensayos de colbertismo del ministerio Oropesa actuaron como indispensable medida quirúrgica para dominar el caos. En todo caso, a partir de las postrimerías del Seiscientos y a pesar de la guerra de Sucesión (guerra de movimientos, poco destructiva), se experimenta una ligera mejoría, sobre la que pueden apoyarse los comienzos del reformismo borbónico.

A partir del desastre de Westfalia (1648), frente a una Castilla invadida por la crisis espiritual y el pesimismo —el «ensimismamiento», de que habló Ortega, como examen de conciencia ante la derrota en la guerra de los Treinta Años—, la periferia peninsular, que pronto experimentaría los efectos de la recuperación económica, opuso un programa «neoforalista» —hay un acusado paralelismo en las diversas reacciones frente a dos desastres, el de 1648 y el de 1898—, que después, en la contienda sucesoria, nutriría el programa «federalista» del Archiduque Carlos de Austria. Por su parte, el nacionalismo castellano de Olivares, adormecido por la derrota de 1648, resurgirá pujante y alimentará el centralismo vinculado al absolutismo borbónico de Felipe V. Eran dos maneras distintas de enfocar el problema del reformismo hispano, después de la quiebra del Estado de los Habsburgos a mediados del siglo xvii.

En consecuencia, también en España registróse, en el último cuarto del siglo xvii, un gran cambio, definido por la recuperación económica, sobre todo en la periferia; el neoforalismo político; los hombres y equipos aislados que en las ciencias y las técnicas trabajan con idénticas preocupaciones a las que predominan en el resto del Occidente europeo; y la necesidad de la adecuación de España al nuevo orden vigente.

Parece incuestionable, pues, el origen autóctono, hispánico, de las corrientes reformistas, que después de la guerra de Sucesión, Felipe V procuró aunar, dándoles un nuevo impulso —con el irredentismo mediterráneo hace suyo, por ejemplo, un aspecto capital del programa de los austracistas. Por su parte, Carlos III, al desembarcar en Barcelona en 1759, evoca el recuerdo de un Pedro el Grande, a su regreso victorioso de la conquista de Sicilia: la libertad de comercio con América y el despliegue de Cataluña en la segunda mitad del siglo xviii (una «Inglaterra en el corazón de España», según el periodista Mariano Nipho), señalan el momento en que confluyen, en una identidad de objetivos, las dos corrientes que se habían enfrentado dramáticamente en la guerra civil involucrada en el conflicto sucesorio. En definitiva, las fuentes del reformismo del Setecientos — y las fuentes de la obra de Feijoo— proceden

de las preocupaciones propiamente hispánicas, empeñadas en hacer una España viable dentro de los moldes de la misma monarquía habsburguesa, independizándola de los intereses puramente dinásticos, que no encajaban en el ámbito de las exigencias españolas.

El P. Feijoo, epónimo de la primera generación hispánica del Setecientos (1676-1764), personifica una actitud eminentemente crítica frente a los aspectos vacíos, inoperantes, del legado cultural del barroco. La postura crítica de Feijoo implica el descombro de un edificio en ruinas, —en el que se salvan los cimientos, que equivalen a las fuentes de la obra del maestro de Oviedo—, como tarea indispensable antes de su reconstrucción total. En su obra polifacética, Feijoo definiría casi todo el programa de la Ilustración hispana, con una influencia decisiva sobre sus hombres más representativos, entre los que se encuentra el canónigo catalán P. Jaime Caresmar.¹

Después de la labor de descombro, de restitución de las fuentes, del P. Feijoo, los hombres de la segunda generación del siglo se entregaron de lleno a la tarea inmediata: la recogida de materiales para la reconstrucción total del edificio de la cultura española, según las inquietudes comunes al Occidente europeo. El arquetipo de esta generación eminentemente erudita es el P. Flórez, iniciador de *La España Sagrada*. Del mismo modo que el criticismo de Feijoo coincide, en líneas generales, con el montaje burocrático del reformismo borbónico por Felipe V —generación Patiño-Feijoo (recordemos la política filoburguesa del primero, predecesor de Ensenada y de los ministros de Carlos III; Patiño, por otra parte, había vivido en contacto con el reformismo catalán de fines del Seiscientos, cuando desempeñaba el cargo de Indendente de Felipe V durante el conflicto sucesorio)—, la erudición del P. Flórez es paralela a los esfuerzos del marqués de la Ensenada durante el reinado de Fernando VI, en la «preparación de materiales», indispensables para el despliegue de la política reformista de Carlos III.

Cumplida en sus líneas esenciales la tarea erudita, la recogida de materiales, se impone la elaboración de los mismos, la reconstrucción total del edificio de la cultura española, según los moldes antes citados. Esta fue la labor emprendida briosamente por el equipo ilustrado que

1. Me remito a mi estudio preliminar de la edición de la *Carta al barón de la Linde*, de Caresmar, publicada en 1959 por la Asociación de Bibliófilos de Barcelona. En este trabajo copio fragmentos íntegros del referido estudio.

rodeaba a Carlos III, acaudillado por Campomanes, Aranda y Florida-blanca. La obra de esta generación reformista del Despotismo Ilustrado español viene definida, principalmente, por la «revolución desde arriba», y se manifiesta desde las reformas en el campo pedagógico al cristianismo ilustrado, pasando por la afirmación de las clases burguesas, el impulso industrial y mercantil, y las colonizaciones agrarias. Aspectos que, en general, apuntan ya en el último cuarto del siglo XVII, como se ha dicho ya.

La última generación del siglo XVIII, la neoclásica de Jovellanos, se empeñó en una lucha generosa por la concordia de España cuando los radicalismos derivados del impacto revolucionario a partir de 1789 —esto es, los «frenéticos» y los «estúpidos», para emplear las mismas palabras del polígrafo asturiano— pugnaban por la discordia.² En efecto, Jovellanos sería considerado como sospechoso por unos y por otros: encarcelado por el despotismo ministerial de Carlos IV como *novator* peligroso, y considerado como reaccionario una década después por los legisladores de Cádiz.

En Cataluña, la generación del Padre Feijoo estuvo brillantemente representada por el Profesor de la Universidad de Cervera, José Finestres (1688-1777), en cuya obra, según el P. Casanovas, se encuentra la raíz de la *Renaixença*.³ Jaime Caresmar (1717-1791), a quien queremos referirnos particularmente en este trabajo, es un representante muy caracterizado de la generación erudita del P. Flórez (1702-1773) y del marqués de la Ensenada (1702-1781), a la que también pertenecen el P. Martín Sarmiento y Don Gregorio Mayáns y Siscar. Sobre Caresmar⁴ actuaron tres influencias: la autóctona, a través del humanismo ceriverino de Finestres; la ultrapirenaica —los eruditos franceses— y la castellana —criticismo de Feijoo e inquietudes eruditas y reformistas de los equipos que rodeaban a Fernando VI y Carlos III.

En 1751, el ministro de Estado de Fernando VI, Don José Carvajal y Lancáster, comunica lo siguiente a todos los capítulos catedralicios:

«Atendiendo Su Majestad a las utilidades que resultarían a esta Monarquía si se diese al público una Historia eclesiástica general de

2. J. Marías: «Jovellanos, concordia y discordia de España». En *Los Españoles*, Madrid, 1963. Vid. también R. Heer: *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, 1964.

3. I. Casanovas, S. I.: *Finestres. Estudi biogràfic*. Barcelona, 1932. Vid., también, M. Batllori, S. I.: *Vuit segles de cultura catalana a Europa*. Barcelona, 1961.

4. J. Mercader: *Un igualadí del segle XVIII: Jaume Caresmar*. Igualada, 1947.

España... y conociendo que este utilísimo proyecto no puede ejecutarse sin que se tengan presentes los preciosos monumentos y vastísimos materiales que hay sepultados, y aún olvidados y desconocidos y tal vez despreciados en los archivos del Reino, y para que una obra tan seria y de tanto interés pueda publicarse con la perfección crítica y exactitud que se merece, es preciso recoger, ante todo, cuanto haya conducente al asunto en todos los archivos del Reino...».⁵

Es evidente que esta orden está relacionada con la fundación de la Academia de la Historia, que recibió carácter oficial en 1738. Su importancia radica en poner de relieve la profunda preocupación erudita del equipo que rodeaba a Fernando VI. Hay, indudablemente, un aliento de la investigación por parte del poder público, siempre interesado en demostrar su identificación con la opinión ilustrada, muy minoritaria. Refiriéndose a la escasa consistencia numérica de las minorías ilustradas españolas del Setecientos, Jean Sarrailh, después de insistir en que estaban formadas por un rey, un puñado de hombres y unas cuantas sociedades, recuerda la expresión gráfica del viajero Antonio Ponz: «Contra un ejército de lapones, una compañía de prusianos no es bastante.» El mismo autor observa que, para dichas minorías, la «cultura» fue, en España, el equivalente de la «razón» en el resto del Occidente europeo. La cultura es considerada como el gran medio para reeducar el país y el fin supremo de la misma es la eficacia, la utilidad. Para ellos, como para Costa y la generación del 98, el problema de España era el problema de la escuela. Preconizan una cultura dirigida y centralizada: el trono debe ser el dispensador y fiscalizador de la misma.⁶

Hay, en consecuencia, un estímulo por parte de los poderes públicos, —del cual ellos participan por el hecho de ser ilustrados—, que contribuye a explicar la obra de la «constelación de Bellpuig de las Avellanas» —en frase del hispanista alemán, Paul Kehr—: Los PP. Caresmar, Martí y Pasqual.

Caresmar mantuvo estrecha relación con el grupo de la Academia de la Historia. El abad de Bellpuig de las Avellanas tenía en Madrid buenos amigos, entre ellos el P. Enrique Flórez, que en cierta ocasión hablaron de la labor que aquél realizaba en la Catedral de Barcelona al conde de Aranda. En efecto, el 18 de abril de 1772, éste, en su calidad de Presidente del Consejo de Castilla, se dirigió al regente de la Audiencia de Cataluña, don José Lardizábal, en estos términos:

«Habiendo llegado a mi noticia que el cabildo de la Santa Iglesia Catedral de esa ciudad (Barcelona) ha llamado a su archivo un padre

5. J. Sanabre: *El archivo de la Catedral de Barcelona*. Barcelona, 1948.

6. J. Sarrailh: *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIe siècle*. París, 1954.

premonstratense de fuera de ella, llamado Fr. Jaime Caresmar, con el fin de emplearlo en reconocer documentos antiguos en que hay pocos inteligentes, cuya obra puede ser útil al público, prevengo a V. S. que mientras dicho religioso esté empleado en el referido ejercicio no le impida V. S. su subsistencia en dicha ciudad. Lo que le participo para su inteligencia y cumplimiento.»⁷

Cuando llegó el momento de pasar de la recogida de materiales a la elaboración sistemática de los mismos, Caresmar pensó en el intelectual catalán más representativo de la generación neoclásica, Antonio de Capmany (1742-1813). En efecto, después de los hallazgos documentales del Sr. Carrera Pujal, ya no puede haber la menor duda de que, precisamente por consejo de Caresmar, la Junta de Comercio de Barcelona encargó a Capmany la redacción de las famosas *Memorias históricas*.⁸

Jaime Caresmar y Alemany nació en Igualada el 10 de octubre de 1717, hijo de Ramón Caresmar, de profesión zapatero, y de Rosa Alemany, matrimonio de menestrales acomodados que vivían en una casa de su propiedad en la calle actual del *Born*, entonces llamada de la *Pilota*. Después de estudiar las primeras letras en su ciudad natal, pasó a Barcelona, donde cursó Filosofía y Teología con los jesuitas del colegio de Cordelles. A los veinticinco años de edad —1742— vistió el hábito blanco de San Norberto en el convento de Bellpuig de las Avellanas, siendo abad el P. Pedro Juan Bover. En Bellpuig, Caresmar se dedicó a la enseñanza de la Filosofía y de la Teología, para entregarse muy pronto, de lleno, a la historiografía, bajo la influencia del canónigo Daniel Finestres, hermano del Profesor de la Universidad de Cervera, José, a quien antes hemos aludido.

Caresmar ingresó en la Academia de Buenas Letras de Barcelona el 23 de marzo de 1750. A pesar de ello reside habitualmente en Bellpuig, de cuyo monasterio fue nombrado abad por aquellas fechas. Menudeaban, sin embargo, sus estancias en la ciudad condal para participar activamente en la vida científica de la Academia. En Bellpuig, Caresmar ordenó la documentación custodiada en el convento y en sus visitas a la colegiata de Ager y a los monasterios de Guerri de la Sal y San Cugat del Vallés trabajó activamente en los respectivos archivos y bibliotecas.

El 10 de septiembre de 1770, en la sesión del capítulo catedralicio de Barcelona, dióse cuenta de la propuesta del P. Caresmar de hacer una

7. Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona), Real Audiencia, 567, fol. 152.

8. J. Carrera Pujal: *La Barcelona del siglo XVIII*, II. Barcelona, 1951, pág. 148 y ss.

investigación en los libros de «*Antiquitats del Arxiu y algunes noticies que busca, especialmet sobre lo cap de Sant Hermenegildo*», accediéndose a su deseo. Los trámites se abreviaron y en la sesión del 16 de septiembre del año siguiente consta ya la llegada de Caresmar, «*per los fins se ha proposat de la recopilació de les noticies y coses lustroses de la Iglesia que se troban en lo Arxiu*».⁹

Caresmar trabajó en el Archivo catedralicio barcelonés, donde copió muchos documentos por encargo expreso de los PP. Flórez y Risco,¹⁰ hasta 1789. Más adelante examinaremos las causas de su cese: su cristianismo ilustrado, en contraste con el reaccionarismo de la mayoría de los capitulares, a partir del *tournant* de 1789. Los canónigos abonaron entonces a Caresmar doscientas cinco libras en concepto de paga final. En aquel momento crítico, no le faltó la protección del obispo de Barcelona, Valladares —otro cristiano ilustrado— quien le invitó a trabajar en el archivo de la Mitra. Los tres últimos años de la vida de Caresmar transcurrieron entre los papeles del archivo episcopal de Barcelona. El 17 de septiembre de 1791, un ataque de apoplejía puso fin a su vida. Contaba entonces 74 años de edad. Su cadáver fue trasladado al monasterio de Bellpuig de las Avellanas y enterrado en un brazo del crucero de la Iglesia. Un sentido epitafio del P. Pasqual destaca los grandes méritos de Caresmar en la erudición de su época.

Al lado de Caresmar, la historiografía y la archivística, dentro de la provincia eclesiástica de Tarragona, estuvieron representadas, principalmente, por los incansables investigadores Antonio Campillo, Mateo Aymerich, Daniel Finestres, José Martí y Jaime Pasqual, todos eclesiásticos —los tres últimos formaron, con Caresmar, el gran equipo erudito del convento de Bellpuig. Campillo es el verdadero antecesor de Caresmar en los trabajos archivísticos de la catedral de Barcelona. Archivero de la curia del vicariato durante cincuenta y ocho años (1721-1779), Campillo trabajó incansablemente en la salvación y valoración de sus fondos, y aportó también su concurso al archivo catedralicio. Entre los trabajos realizados por Campillo cabe citar el *Speculum titulorum ecclesiasticorum diocesis Barchinone*, en cinco volúmenes.¹¹ En cuanto al padre Mateo Aymerich, en 1760 publicó el *Episcopologio barcelonés*. Por su parte, el P. Daniel Finestres pertenecía a la familia más representativa del renacimiento cultural de Cataluña en el Setecientos. A él se debe, fundamen-

9. J. Sanabre: *El archivo*, pág. 60.

10. Elogiosos comentarios a la labor de Caresmar en la *España Sagrada*, vols. XXVIII y XIX.

11. J. Sanabre: *El archivo*, pág. 147.

talmente, la creación del equipo de eruditos de Bellpuig, así como el contacto entre los mismos y la Universidad de Cervera.¹²

Para J. Rubió Balaguer, el mercedario Mariano Ribera y Jerónimo Pujades emparentan, a comienzos del siglo XVIII, la Historia con los «eternos compiladores» de la escuela de Bellpuig. Sin la fiebre investigadora de éstos —añade el mismo Rubió— no se explicarían dos nombres que tienen valor de símbolo en la *Renaixença*: Antonio de Capmany y Próspero de Bofarull.¹³ Como observa J. Coll Alentorn, el P. Caresmar es el puente que enlaza la *Gesta Comitum Barcinonensium* con la moderna escuela historiográfica barcelonesa, que arranca de las *Memorias históricas*, de Antonio de Capmany.¹⁴

Treinta años después de la muerte de Caresmar, el «Periódico Universal de Ciencias, Literatura y Artes», de Barcelona, al comenzar a publicar una de sus obras, la «Carta al barón de la Linde sobre la antigua y nueva población de Cataluña», insertó el siguiente comentario sobre la obra global del maestro de Bellpuig: «Digno por sus trabajos diplomáticos de ser comparado con Marca y Mabillon. Los sabios franceses que trabajan en la grande obra diplomática y a quienes visitó más de una vez nuestro doctísimo don Jayme, hicieron de él el debido elogio y aprecio, y el guardasellos del Rey Cristianísimo, a nombre de Su Magestad, le regaló los tres tomos impresos. Vió y ordenó por comisión de la Cámara el precioso archivo de Ager y gran parte de los de Cataluña, o por su gusto o a petición de sus dueños. Trabajó mucho para ilustrar las actas de San Severo y Santa Eulalia, escribió sobre la liturgia mozárabe, sobre la antigua geografía del Principado, la Biblioteca de los escritores catalanes, anales generales, episcopologios y otras obras, que la mayor parte quedan incompletas a causa de haber empleado diecisiete años en el Archivo de la Catedral de Barcelona y haberse ocupado en arreglar el de la Mitra, hasta que, acometido de un accidente apoplético, murió el día 1 del mes de septiembre del año 1791. Su cuerpo fue trasladado a su monasterio, del cual había sido abad, y donde dejó herederos de su aplicación.»¹⁵

La influencia de Feijoo sobre Caresmar se refleja, fundamentalmente, en dos aspectos, según hemos apuntado antes: el cristianismo ilustrado

12. I. Casanovas: *Finestres*, pág. 7 y 10.

13. J. Rubió Balaguer: *Historia general de las Literaturas hispánicas*, V. Barcelona, 1958, pág. 249.

14. J. Coll Alentorn: «La histografía de Catalunya en el període primitiu». *Estudis Romànics* (Barcelona), III, 1951-1952, pág. 49.

15. Existe una colección completa de este periódico en la Biblioteca de Cataluña (Barcelona).

y el criticismo positivo. En las páginas que siguen examinamos dos facetas de la personalidad y de la obra del abad de Bellpuig, referidas a los aspectos citados. En primer lugar, sus discordias con los capitulares barceloneses a propósito de los martirios de Santa Eulalia, y, en segundo, su descripción de Cataluña, en la que parece acentuar la nota pesimista, movido por la insatisfacción constructiva a que antes hemos aludido.

Jaime Caresmar es, ante todo, un hombre de la Ilustración española, un canónigo ilustrado, que participa plenamente de las inquietudes culturales y reformistas de la época. Más adelante destacaremos su profunda preocupación por los temas de historia social y económica, que constituye la proyección *utilitaria* de su obra. Algo se ha dicho ya de ello al aludir a la decisiva influencia de Caresmar en las *Memorias históricas* de Capmany.

Creemos que nada define mejor la filiación plenamente ilustrada de Caresmar como los dramáticos incidentes que ensombrecieron los últimos años de su vida en Barcelona. Nos referimos a las derivaciones de la discusión sobre la intervención de Caresmar en el cambio del rezo de Santa Eulalia, a la que el Rdo. José Sanabre ha aportado interesantes documentos demostrativos de la irreprochable actitud del maestro de Bellpuig y del apoyo que éste encontró en el obispo de Barcelona, Dr. Valladares.¹⁶ El incidente de referencia, en el que en definitiva se registra el choque entre el cristianismo ilustrado de Caresmar y la superstición de la masa —de ésta formaban parte los eclesiásticos y académicos que corearon la campaña contra aquél— recuerda las campañas del P. Feijoo contra el mito y las creencias irracionales de la época del barroco. El «celo, pío, sí; pero indiscreto y mal fundado, de que las doctrinas nuevas traigan algún perjuicio a la religión», empleando las mismas palabras del benedictino gallego, salpicó a Caresmar cuando éste, invocando la autoridad de las pruebas documentales auténticas, se apartó de la tradición vulgar en lo referente a los martirios de Santa Eulalia y no admitió, para la patrona de Barcelona, el título de protomártir tarraconense.

En su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Barcelona —1903— Elías de Molins recogió algunas hojas volantes en las que se atacaba a Caresmar: «Un blanquillo con valona —sujeto de poco seso— —está deteniendo el rezo— de Eulalia nuestra Patrona...» Otros versos difamatorios fueron hallados por J. Rubió en los manuscritos de la Biblioteca de Cataluña. Ya hemos indicado que el obispo Valladares

16. *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII*, Barcelona, 1903.

defendió a Caresmar. En efecto, con fecha 7 de abril de 1780, Valladares se dirigió al presidente de la Real Audiencia en estos términos:

«El notorio agravio que se ha hecho a la autoridad y jurisdicción de mi dignidad con la impresión del papel titulado *Nuestra paisana, patrona y titular Eulalia, vindicada en la mejor porción de las glorias de su pasión*, que escribió el R. P. Presentado Fray D. T. Boria O. P., me puso en la precisión de pedir a V. S. se sirviese providenciar lo conveniente para el desagravio. En su consecuencia he tenido a bien formalizar el expediente que he estimado conveniente en el asunto y mandar arrestar a Bernardo Pla, impresor del citado papel. Uno, entre otros, de los justificados motivos de mi queja, es haberse impreso éste después de negada por el Dr. Plácido de Montoliú, mi vicario general, la licencia que para su impresión solicitó el expresado P. Boria...».¹⁷

El Rdo. José Sanabre ha tenido la fortuna de hallar un manuscrito de Caresmar, en el que éste hace una detallada explicación de su intervención y de las maniobras de sus calumniadores, pero sin aludir para nada al capítulo catedralicio; señala al autor del folleto, se queja amargamente y ataca a determinados miembros de la Academia de Buenas Letras, entre los cuales seguramente había algún capitular, mientras entona las más efusivas alabanzas del obispo Valladares. Caresmar concluye:

«Bien prueba esto el afecto patriótico que me anima, pues sin haber tenido para ello fomento alguno, ni más interés que el que tienen todos, he hecho a favor de la patria lo que no ha hecho otro de cuantos me insimulan de poco afecto. Sólo uno de ellos dio al público cierta disertación, para lo cual le di yo todos los materiales, pero no se dignó en ella ni aun nombrarme: *sic vos, non vobis mellificatis apes.*»¹⁸

Pero los detractores de Caresmar, arreciaron en sus ataques. Así, en 1785, algunos capitulares desencadenaron una nueva ofensiva contra la labor del Dr. Caresmar en el Archivo de la Catedral, invocando como razón externa el estar escritos en mala letra los volúmenes índices; esta presión fue renovándose con más intensidad y encono en 1786 y 1787, alegándose razones poco favorables al prestigio técnico de Caresmar, y finalmente, el 27 de abril de 1789 se acordó comunicarle que suspendiese su labor en el Archivo.¹⁹ Como se ha indicado ya antes, la protección del obispo Valladares le permitió trabajar, hasta su muerte en 1791, en el Archivo de la Mitra.

17. J. Sanabre: *El archivo*, pág. 65.

18. J. Sanabre: *El archivo*, págs. 65-66.

19. J. Sanabre: *el archivo*, págs. 66-67.

Ya hemos comparado la actitud de Caresmar y sus amigos, entre ellos el obispo Valladares, con la crítica de Feijoo contra las creencias irracionales. La importancia del incidente a que acabamos de referirnos radica en poner de relieve un episodio interesante de la lucha entre la minoría ilustrada y la masa supersticiosa en la Barcelona de fines del Setecientos. Caresmar y sus amigos consideraron perfectamente compatibles las «luces del siglo» con la ortodoxia religiosa. Sus adversarios, en cambio, apoyándose en las simples concepciones de la plebe, estaban siempre dispuestos a invocar la acusación de herejía ante toda manifestación que atacase el inmovilismo y la pereza mental. El cambio de 1789, con el viraje hacia el reaccionarismo como réplica al radicalismo revolucionario, parecía darles la razón. En todo caso, eran, según la frase de Ponz, a que antes nos hemos referido, «el ejército de lapones», que imposibilitaba el despliegue de la «compañía de prusianos». Está bien claro que Caresmar era un brillante oficial de ésta.

Hemos de examinar ahora el segundo aspecto de la influencia de Feijoo sobre Caresmar: el criticismo positivo, en el que parecen acentuarse las notas pesimistas, precisamente por un sano deseo de insatisfacción constructiva. Caresmar se excedió en ello. En efecto, su descripción de Cataluña, que constituye el tema de su *Carta al barón de la Linde*, a la que vamos a referirnos en seguida, contrasta de una manera muy acentuada con los resultados obtenidos por Pierre Vilar,²⁰ en su monumental trabajo sobre la misma Cataluña del P. Caresmar.

El abad de Bellpuig trabajó muchísimo y sorprende hallar en sus escritos constantes pruebas de sus preocupaciones por los temas de Historia social y económica. Hemos indicado ya que no cabe ninguna duda de que Caresmar y la escuela de Bellpuig prepararon el ambiente para que la Junta de Comercio de Barcelona decidiera financiar y publicar una Historia económica de Cataluña —las *Memorias históricas* de Capmany—. Este, después de afirmar que el abad de Bellpuig sería capaz de restaurar la ciencia diplomática si se perdiese el conocimiento de la misma, reconoce la colaboración valiosísima que le prestó Caresmar.

Entre las obras de Caresmar que reflejan sus preocupaciones por la demografía y la economía cabe citar, además de la *Carta al barón de la Linde*, el largo opúsculo titulado *Discurso sobre la Agricultura, Comercio e Industria, con inclusión de la consistencia y estado en que se halla cada partido o veguería de los que componen el Principado de Cataluña, dirigido uno y otro a que por el infatigable celo y bien acreditada sabi-*

20. *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, 1963, 3 vols.

*duría y amor patriótico de la Real Junta Particular de Comercio de Barcelona se pueda proceder al reparo de lo que han destruído la ignorancia y la incuria de los tiempos y a promover y perfeccionar los establecimientos que actualmente existen,*²¹ que la mencionada Junta consideró como un «precioso fruto de la aplicación e ilustrado celo»; y el estudio, *Pestes y contagios de Barcelona desde 1333 a 1712*, en el que examina uno de sus temas favoritos, la Peste Negra, custodiado entre los manuscritos de la Real Academia de la Historia.

Ya hemos dicho que la *Carta al barón de la Linde*, fue publicada por vez primera en 1821 en el «Periódico Uiversal de Ciencias, Literatura y Arte», de Barcelona.²² En 1780, en el momento en que Barcelona y Cataluña adquieren una primacía indiscutible en el desarrollo social y económico hispano, el Intendente que presidía la Junta de Comercio, don Manuel de Terán, barón de la Linde, abrió una encuesta, a la que contestó Caresmar —siguiendo la costumbre de las largas Cartas eruditas de la época— con la exposición a que nos referimos, encaminada a dejar históricamente fundamentados los presupuestos del desarrollo económico y social de Cataluña.

Este documento es suficiente para incluir a su autor en el equipo ilustrado de la época, empeñado en un vasto programa de reformas económicas. Así, hablando de los paños de Sabadell, «de cuyas manufacturas se proveían Nápoles, Palermo y aún la Holanda», dice: «pero esto hace ver cuanta prosperidad y aumento traen a los pueblos las fábricas, la industria y el comercio.»

La *Carta al barón de la Linde* consiste en una minuciosa descripción histórico-geográfica del Principado de Cataluña, estructurada según las comarcas históricas: comienza por el Norte —condados de Pallars, Urgel y Cerdaña, Ausetania—, para seguir por el Este —territorio de los indígetes—, el Sur, en el sentido de la costa —Laletania, Cosetania, e Ilercaonia— y termina en el centro —Lacetania.²³

La erudición del autor se hace patente en este escrito. Caresmar conoce las descripciones de los autores clásicos, domina plenamente todo lo que podía saberse en su época y aporta gran cantidad de noticias, fruto de sus investigaciones directas. «Todo esto —el desarrollo histórico de Cataluña, desde la época romana, dice— no podía hacerse sin que

21. Manuscrito hallado por el Sr. Carrera Pujal entre los papeles de la Junta de Comercio, de Barcelona (Vid. Carrera: *La Barcelona del siglo XVIII*, II, 171).

22. Vid. nota 1.

23. Citamos por la edición de la Asociación de Bibliófilos de Barcelona (Vid. nota 1.)

abundase Cataluña de pobladores; ni los de hoy bastarían para tanto, bien es verdad que hoy son muchos los millares que se transmigran a Indias, muchísimos los que están esparcidos por las Castillas y Andalucía, aprovechándose su diligencia, laboriosidad e industria de la desidia, o sea, falta de ocupación de aquellos naturales, pero no hay duda que no llegan a trescientas». Concluyendo la descripción del territorio de xv ocupaban las ciudades y las campañas de la Italia e islas adyacentes y de la Grecia». Y concluye exponiendo la tesis capital de la *Carta*: «Por todo lo que soy de sentir que Cataluña en los tiempos antiguos hasta el siglo xv fue por lo común más rica, más cultivada y fértil y más poblada de gente de lo que es desde entonces hasta hoy.»²⁴

Caresmar reconoce que Cataluña está más poblada en su tiempo —a mediados del siglo xviii— que lo estuvo después de la expulsión de los judíos y de los moriscos, pero insiste en que, en el siglo xviii, la población del Principado es inferior a la que tenía antes de la guerra civil de la época de Juan II, a mediados del siglo xv. Concretando más, el abad de Bellpuig dice que desde el siglo xiii, Cataluña ha perdido «la cuarta parte de poblaciones de que antes se componía». Ello ocurre en todas las regiones del país. En la Cerdaña, «en tiempos de los reyes de Mallorca, Puigcerdá contaba su vecindad en más de tres mil casas; ahora no llegan de mucho a los que en los siglos xiii, xiv y principios del los indigetes, afirma: «está hoy muy despoblado el Ampurdán». En la Laletania —del Tordera al Llobregat, incluyendo el Vallés—, «las poblaciones más notables de que hoy se compone son Mataró, Tarrasa, Sabadell, Olesa y Barcelona, pero todas o las más de éstas, en lo antiguo fueron más pobladas que hoy». Lo mismo ocurre en la Cosetania —del Llobregat a Tortosa—, cuya población «es incomparablemente menor y menos opulenta de lo que fue en los siglos anteriores al xv», y en la Ilercaonia —de Tortosa a Uldecona— «...cuán numerosa fue la población en lo antiguo en la Ilercaonia y cuán opulenta en los tiempos de los reyes de Aragón, y al revés cuán falta está de gente hoy y cuán mísera». A la mayor población de Cataluña con anterioridad al siglo xv corresponde, según Caresmar, un acentuado florecimiento económico, basado, además de la agricultura, en la industria pañera y el comercio mediterráneo.²⁵

Refiriéndose a la Peste Negra, cuyos efectos exageró notoriamente, dice:

24. *Carta al barón de la Linde*, pág. 116.

25. *Carta*, passim.

«Después de diez años de aquella gran pestilencia, que se cuenta por la mayor que ha habido y más universal, pues se sacó el cómputo que, de cada diez mil personas murieron nueve mil y así quedaron muchos lugares despoblados, y los pocos vecinos que quedaron en algunos se pasaban al lugar de otro dueño que les daba más y mejores tierras y mejor acomodo; sin embargo se hallan muchos aún después de tanta desolación que hoy no existen y todos los que hoy están, quedaron y estaban entonces.»²⁶

Caresmar exageró los efectos, como ya hemos dicho, del mismo modo que se mostró excesivamente ingenuo en cuanto a la rapidez de la recuperación demográfica después de la terrible epidemia:

«Pero en breve se restableció Barcelona y su vecindad en su antiguo lustre, esplendor y opulencia, pues en la carta que escribió el rey don Martín a Pedro de Torrella, su mariscal, dada en Barcelona a veintidós de julio de 1409, le dice que cuando en aquella ciudad se hicieron las fiestas en acción de gracias por la victoria ganada en la batalla de San Lluri, en Cerdeña, siendo general de nuestra armada el conceller tercero de Barcelona, Juan Desvalls, en la procesión general que se hizo dice: iban detrás de ella pasadas de veinticinco mil personas. De muchos se compondría la procesión, muchos serían los espectadores, no menos los niños y niñas que no pasarían de nueve años, muchos los que se quedarían en guardar sus casas sin contar los inválidos por su vejez o enfermedad, de lo que se colige cuánto era entonces el gentío de Barcelona.»

Como es lógico, Caresmar relaciona estrechamente la demografía con el auge y la decadencia de Cataluña:

«...Por varias guerras y pestilencias que hubo en los siglos XVI y XVII y principios del XVIII, todo pasó en miseria y desolación, hasta que sosegado en el trono el glorioso rey Felipe V, empezó a hacer reflorcer a Cataluña y tomó mayores incrementos en el reinado del rey Fernando VI, y los esperamos mayores en el del rey nuestro señor (que Dios prospere). Pero hasta ahora no ha llegado al colmo de felicidad que gozaba al tiempo que entró a reinar Don Fernando I (de Antequera) ni el de los antecedentes reinados.»²⁷

Son particularmente interesantes las observaciones de Caresmar sobre la Cerdeña, cuyos pueblos

«ahora apenas son conocidos en España, sino porque por la miseria salen de allí por todas las ciudades de Cataluña, por Zaragoza, por Madrid y aún por Francia, los más de los maestros de las casas particulares, clérigos de misa de once, estudiantes tunos, lacayos, cocheros y demás géneros de criados. Nuevamente se ha puesto allí una fábrica

26. Carta, pág. 21.

27. Carta, págs. 70-71.

de medias, pero es poca cosa para emplear tanta gente que no tienen que hacer del corto tiempo de la sementera y cosecha, y con todo, ni aún han dejado gozar a España de este terreno por entero, pues a últimos del siglo pasado se adjudicó para siempre gran parte la Francia, como que en tiempos de los romanos era parte de las Galias, siendo así que Plinio dice absolutamente que los ceretanos tanto julianos como augustanos eran del convento jurídico de Tarragona, y claro está que Tarragona jamás ejerció jurisdicción fuera de España. Ptolomeo, igualmente que Plinio, pone los ceretanos en la España Citerior. Sin embargo, un texto ambiguo de Estrabon prevaleció contra lo que era patente y claro, y aunque es verdad que la parte de la Cerdaña que se adjudicó España es de mejor calidad que la parte de la Francia; sin embargo, aquélla, aunque paga a su rey tantos o más tributos que la Cerdaña de España, ésta está pobrísima y aquélla rica y abundosa, todo lo que viene que en aquélla no hay manifiesto y tiene libre comercio; al revés, ésta, aunque las tierras se gradúen de primera, segunda y tercera calidad como las de los demás países y en la contribución se tasan igualmente según su grado como las de las demás regiones, pero por no considerarse que estas graduaciones debían ser respectivas a aquel terreno que no produce sino una cosecha en dos años, y ésta sólo de un fruto y casi todo centeno y poquísimo trigo, debía la tasa reducirse a proporción de la esterilidad del terreno; lo que ocasiona la falta de cultivo, la falta de comercio y el despoblarse aquel país.»²⁸

La insatisfacción, que constituye el presupuesto indispensable del progreso en todos los órdenes de la vida, o, si se prefiere, el criticismo constructivo, positivo, se muestra especialmente en la explicación que da Caresmar de la falta de gente en la Barcelona de su tiempo —debe referirse a la década 1770-1780: «Ahora —dice— no solo en Barcelona, pero casi por toda Cataluña, se encuentran con dificultad trabajadores de la tierra y otros oficios, aun con salarios muy subidos. Igual dificultad hay en hallar criados, dicen ser por ocasión de las muchas fábricas, pero no es por esto, sino por la falta de gente.»²⁹

Desde luego, Caresmar se equivocaba del todo: precisamente tenían razón los que decían que era por las muchas fábricas, por el pleno empleo paralelo a la expansión económica³⁰; pero el abad de Bellpuig se aferraba a sus conocidas ideas sobre la demografía catalana y explicaba los fenómenos socio-económicos de su tiempo de acuerdo con las mismas.

28. *Carta*, págs. 26-27.

29. *Carta*, pág. 67.

30. Como ya hemos apuntado, la *Carta al barón de la Linde*, de J. Caresmar, y *La Catalogue dans l'Espagne moderne*, de P. Vilar, constituyen el anverso y el reverso, dos descripciones casi antitéticas, de la misma Cataluña.